

Las calles son como la piel, lugar de encuentro y frontera. Un territorio vasto y sensible donde el yo y el otro se encuentran, se reconocen, se sienten distintos y al mismo tiempo inevitablemente iguales.

Las calles son como un pulmón, pura maquinaria de oxígeno capaz de regar de vida cada rincón de ese inabarcable organismo que es la ciudad.

Las calles son como los ojos, unos ojos claros y transparentes, espejo de quienes las habitan, reflejo de lo que son y de lo que guardan, de sus virtudes y sus carencias, de sus manías y sus desvelos.

Las calles son una prolongación más del cuerpo, de todos nuestros cuerpos, y sin embargo todavía siguen existiendo demasiados obstáculos que impiden disfrutarlas como se debería. .

El siete por ciento de la población mundial padece una enfermedad rara o poco frecuente, cinco millones de personas en España. Afecciones asociadas a deficiencias sensoriales, motoras o mentales, apenas conocidas e investigadas –solo un 20% de las enfermedades raras se investiga–, invisibles, a pesar de convivir en nuestros mismos barrios, nuestras mismas ciudades.

Aunque con diferentes grados de autonomía, estas personas y sus familias reivindican hoy su lugar en el espacio público con calles más amplias, más verdes, más accesibles, libres de obstáculos, libres de ruido y polución, con áreas de descanso, con zonas de sombra y aseos públicos. Una calle amable para todo tipo de cuerpos y necesidades.

Lo que no se ve no existe y si las calles de una ciudad no están pensadas para todos sus habitantes, ésta acabará por expulsarles, por recluirles, por alejarles de la mirada y la compresión de los demás, les condenará a seguir siendo invisibles.

Como decía Jane Jacobs, todos tenemos el compromiso y el deber de practicar las calles, de vivirlas, pasearlas, participar de ese multitudinario ballet de las aceras en el que personas de toda condición entran y salen, todas distintas, con sus pequeñas y grandes rarezas.